

XXXV Encuentro de Cristian@s de Base de Asturias

Los días 29 y 30 de mayo se celebrará el 35.º Encuentro de Cristianos/as de Base de Asturias. La trayectoria de estos encuentros entre 2013 y 2025 constituye un itinerario coherente de reflexión crítica en el que fe cristiana, compromiso social y análisis de la realidad contemporánea aparecen profundamente entrelazados. A lo largo de estos años, los temas abordados han mostrado una clara inspiración en la Teología de la Liberación y en las corrientes cristianas de base surgidas tras el Concilio Vaticano II, entendiendo la fe no como refugio intimista, sino como impulso transformador orientado a la justicia social, la igualdad y la solidaridad.

La preocupación por las personas empobrecidas, la exclusión social y los derechos humanos atraviesa prácticamente todos los encuentros. Ya en 2013, bajo el lema “El cristianismo con los movimientos sociales”, se analizaba críticamente la crisis económica y el poder financiero. En años posteriores se abordaron cuestiones como la reforma de la Iglesia desde la opción por los pobres, la situación de migrantes y refugiados, la violencia estructural, la cultura de los cuidados, la laicidad o el papel de las religiones como caminos de paz frente a los fundamentalismos y la violencia global.

Un rasgo de esta trayectoria ha sido también su carácter plural e interdisciplinar. En los encuentros han participado no solo teólogos y pensadores cristianos, sino también filósofas, periodistas, activistas sociales, especialistas en relaciones internacionales y representantes de movimientos ciudadanos. Esta diversidad refleja una concepción del cristianismo abierta al diálogo con la sociedad civil y comprometida con los grandes desafíos éticos y culturales de nuestro tiempo.

Especial relevancia ha adquirido en los últimos años la cuestión feminista. Temas como “De la discriminación a la igualdad de género” o “Revuelta de las mujeres en la Iglesia” muestran la incorporación progresiva de las demandas feministas al pensamiento cristiano crítico. La denuncia del patriarcado, la reivindicación de una teología feminista y la reflexión sobre los cuidados evidencian la convicción de que la igualdad de género constituye uno de los principales retos sociales y religiosos actuales.

El Encuentro de este año continúa claramente esa línea de reflexión crítica y compromiso social mediante dos ponencias centradas en problemas de gran actualidad. La primera, “Los populismos y los gobiernos tecnócratas, amenaza para la democracia”, analizará dos dinámicas que, aunque aparentemente opuestas, pueden converger en el debilitamiento democrático: por un lado, los populismos que simplifican la complejidad social mediante discursos excluyentes y polarizadores; y por otro, las formas de gobierno tecnocrático que reducen la política a mera gestión económica y técnica, alejando las decisiones de la participación ciudadana.

La segunda ponencia, “Radicalizar el cristianismo ante la vida vulnerada”, plantea la necesidad de volver a la raíz ética del Evangelio situando en el centro a las personas heridas por las múltiples formas de vulnerabilidad contemporánea: pobreza, migraciones forzadas, violencia, soledad, desigualdad de género o crisis ecológica. Frente a formas de religiosidad acomodadas o intimistas, se reivindica un cristianismo encarnado en la realidad social y comprometido con la solidaridad, el cuidado y la defensa de la dignidad humana.

Consideradas conjuntamente, ambas ponencias expresan una misma preocupación de fondo: cómo defender la democracia, la convivencia y la humanidad común frente a las dinámicas de exclusión, miedo, indiferencia y concentración del poder que atraviesan nuestro tiempo. Los temas elegidos confirman así la continuidad de un cristianismo crítico, abierto y comprometido con la construcción de una sociedad más democrática, inclusiva y solidaria.

XXXV Encuentro de Cristian@s de Base de Asturias

UN MUNDO EN COLAPSO,
¿hay razones para la esperanza?

2026

29 Y 30 DE MAYO

ORGANIZAN: COMUNIDADES DE CRISTIAN@S DE BASE DE GIJÓN



I.A Gémini

SALÓN DE ACTOS DE PROYECTO HOMBRE
Avda. JOSÉ MANUEL PALACIO, núm. 40
EL NATAHOYO. GIJÓN

VIERNES 29 MAYO
a las 19:30 h.

CRISTINA MONGE LASIERRA

Socióloga, politóloga e investigadora en gobernanza para la transición ecológica. Ganadora del Premio Paidós 2026 por la obra *Contra el descontento. Por una alianza para construir futuros deseables*.

PONENCIA:
Los populismos y los gobiernos tecnócratas, amenaza para la democracia.

SÁBADO 30 MAYO
a las 18:00 h.

JOSÉ A. VAZQUEZ MOSQUERA

Filólogo semítico, máster en Counselling, formador en el Centro de Escucha de Vallecas, iniciador de la Asociación Cristianía: Monacato Laico. Colaborador de Religión Digital y en la revista Cistercium.

PONENCIA:
Radicalizar el cristianismo ante la vida vulnerada.

SEGUIDAMENTE CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA



Como recuerda el profesor **Antón Losada**, no estamos ante una simple prelación administrativa, sino ante una **arquitectura de exclusión**: un modelo que divide a la sociedad entre quienes tienen derechos plenos y quienes solo pueden aspirar a ser mano de obra descartable. Eso tiene un nombre: **segregación social**.

El **apartheid sudafricano** lo dejó claro: bastaba con nacer negro para ser segregado. Era la “prioridad nacional” sudafricana. La **Alemania nazi** llevó esa lógica al extremo: la ciudadanía dejó de ser un derecho y pasó a depender del origen o de la opción política. Judíos, gitanos o antifascistas, aunque fueran alemanes, podían terminar en la cámara de gas.

Alejandro Fernández, presidente del PP de Catalunya, lo dijo hace unos meses con total claridad hablando de Vox: la prioridad nacional es la “antesala del fascismo”. Y lo es. La prioridad nacional actúa como una **bomba de profundidad** en la línea de flotación del sistema democrático.

La democracia solo se sostiene si garantiza la **igualdad de derechos**, el respeto a la diversidad y la construcción de una comunidad de iguales. Cuando la desigualdad se convierte en sistema y los derechos dejan de ser inherentes a la condición humana para depender de la raza, el origen o el sexo, la democracia desaparece. Eso es, exactamente, la antesala del fascismo.

La versión renovada de "los españoles primero"

La “prioridad nacional” no es más que una versión más oscura de aquel viejo lema de “los españoles primero”. Y es aquí donde ni el PP ni Vox son capaces de explicar qué quieren decir. El diputado de Vox en el Parlament Joan Garriga llegó a definir a los españoles como quienes son “hijos de padre y madre española”. Con ese criterio, ni el propio Felipe VI sería español.

Pero la contradicción es aún mayor dentro de Vox: la madre de su secretario general, Ignacio Garriga, era ecuatoguineana; el padre de Rocío Monasterio era cubano y ella misma nació en Cuba; la madre de Ortega Smith era argentina. Ante el evidente caos —y la evidente ilegalidad— de esa definición, Abascal tuvo que salir a corregirla. Ni siquiera Vox parece tener claras sus propias fronteras.

El PP, por su parte, se enreda entre la “prioridad” y el “arraigo”, un criterio que es de todo menos objetivo. La segregación por origen no resiste ni un minuto de confrontación con la realidad. Los datos son claros: alrededor de un millón de españoles trabajan hoy en el extranjero. ¿Están el PP y Vox reclamando que se les aplique a ellos la misma “prioridad nacional” que exigen aquí? ¿Piden que Alemania, Países Bajos o Francia los expulsen cuanto antes para dejar sitio a “los de allí”?

La “prioridad nacional” suena demasiado al viejo lema de “el trabajo para los de aquí”, un eslogan que nunca aclaró si “aquí” era España, la ciudad o la propia calle. Pero cuando tu hija —como tantas otras— tiene que irse a trabajar fuera, no se te ocurre exigir que el empleo sea solo para los de allí. En Berlín o Ámsterdam, el trabajo debe ser para todos, y también las ayudas a la vivienda. Lo que allí consideramos un derecho, aquí algunos pretenden negárselo a quienes sostienen nuestros campos y nuestros cuidados.

Ese lema se oye menos últimamente, y la razón es evidente: a los del PP y Vox no les apetece cuidar ancianos, ni recoger cebollas o fresas. Prefieren que esos trabajos los hagan otros; los otros; los que, según ellos, no tienen “prioridad nacional”.

Los peores trabajos para gente sin derechos

Su proyecto es claro: que los trabajos más duros, peor pagados y menos cualificados los realice gente sin derechos. Personas que, aunque se dejen la espalda de sol a sol para beneficio de explotadores sin escrúpulos, no puedan acceder a ninguna ayuda, no tengan presencia en la vida pública y desaparezcan de las ciudades para ser visibles solo en el tajo.

Eso es lo que realmente significa su cruel y despreciable “prioridad nacional”: **segregación**.

Por eso tanto Vox como el PP —desde las instituciones que controlan— están poniendo todas las trabas posibles a la regularización extraordinaria. Lo vemos con el informe de arraigo, un requisito que nunca debió existir y que hoy se utiliza como muro burocrático para impedir que miles de personas accedan a derechos básicos.

No se trata de un debate técnico: es una estrategia. Mantener a miles de personas en la irregularidad garantiza una mano de obra sin protección, barata y vulnerable. Personas que cuidan a nuestros mayores, que recogen nuestras cosechas y que sostienen sectores enteros de la economía mientras se les niega la dignidad más elemental.

Esta propuesta inmoral no surge de la nada. La “preferencia nacional” fue uno de los pilares del discurso de Le Pen padre en Francia desde finales de los años setenta, y hoy forma parte del repertorio de la extrema derecha europea.

También ha sido asumida en Estados Unidos bajo el lema de Donald Trump, “America First”, con consecuencias muy duras para cientos de miles de personas que viven y trabajan allí. La lógica es siempre la misma: dividir, señalar y expulsar.

Detrás de todo ello opera una **internacional del odio y la xenofobia**, un proyecto global que pretende convertir la desigualdad en norma y la exclusión en identidad política.

La segregación no puede aplicarse abiertamente, pero sí puede instalarse en el imaginario de mucha gente que vive con dificultades y busca respuestas simples. Y ahí es donde la ultraderecha opera con mayor eficacia: no discuten argumentos, porque para ellos no es un debate racional, sino identitario y de poder. Si creen que discriminar y expulsar a inmigrantes les da votos, les da igual cualquier razón o evidencia.

Por eso es imprescindible frenar a la ultraderecha —y a la derecha que la acompaña— aplicando con rigor la legalidad y la Constitución, pero también fortaleciendo el clamor social y la movilización cívica. Porque lo que intentan imponer no es una política pública: **es un proyecto de sociedad basado en el odio, el racismo y la segregación**.

LA INQUISICIÓN INVISIBLE

CÓMO LA IGLESIA SIGUE DEVORANDO CONCIENCIAS

RAMÓN FANDOS



El recurso más eficaz que emplean las sectas y tantos movimientos dentro de la Iglesia para manipular conciencias, como denuncié en su día, nace siempre de la misma raíz: **la idea de que solo la Iglesia «inspirada» posee la verdad cuando se trata de interpretar el Evangelio, la fe y la el grado de moralidad de la vida de los fieles.** Esta idea estuvo detrás de todos y cada uno de los actos de manipulación que sufrí en mis 20 años de pertenencia al Camino Neocatecumenal. Una idea de la que se apropiaron mis "queridos" catequistas y a la que le confiere autoridad la misma Iglesia que la respalda con el solo hecho de mantenerla, no solo vigente, sino como **uno de los pilares del catolicismo**, especialmente en España.

No bastan la doctrina, los ritos ni dos mil años de historia. Debemos comprobar los efectos reales que la acción que la Iglesia produce en la vida de la gente. Y **hoy los frutos muestran que algo profundo está enfermo.** El árbol que debería dar vida está produciendo frutos amargos. Y lo más grave es la **hipocresía de quienes se aferran a la doctrina como palabra de Dios para los demás**, mientras esconden vidas que contradicen lo que predicán a gritos.

Muchos sacerdotes, obispos y cardenales defienden una doctrina rígida (celibato obligatorio, condena del deseo homosexual, rechazo al divorcio, etc.) mientras **mantienen en secreto relaciones afectivas o sexuales**, tanto heterosexuales como homosexuales. El problema no son esas relaciones, sino que el sistema las fuerza a la clandestinidad. El resultado es una pérdida absoluta de autoridad moral que se convierte en escándalo cada vez que la verdad sale a la luz.

Yo creo que permitir que **los sacerdotes puedan casarse no haría más que normalizar una realidad que ya estamos viviendo**, aunque —eso sí— en secreto, como le gusta a la Iglesia Institución. Da la impresión de que lo que ocurre en secreto, aunque sean secretos a voces, en realidad no ocurre.

Lo más doloroso es el abuso de menores. No son casos aislados, sino un fenómeno masivo, encubierto sistemáticamente durante décadas. Informes oficiales (Francia, Irlanda, Australia, Chile, Estados Unidos) hablan de decenas de miles de

víctimas. **El sistema ha estado anteponiendo la protección de la institución y la reputación del clero** a la justicia y la sanación de los más débiles. El resultado: infancias destruidas, familias rotas, suicidios y, de nuevo, una pérdida de confianza irreparable en la moralidad de la jerarquía católica.

Menos visibles que los abusos físicos, pero **igualmente devastadores son los psicológicos**. Durante siglos, se ha ejercido un control de conciencias a través de confesiones invasivas, culpabilización extrema por actos naturales (masturbación, deseo sexual, dudas de fe), amenazas explícitas o veladas del infierno y rechazo comunitario a quienes no encajan (divorciados vueltos a casar, personas LGTBI+, madres solteras, disidentes teológicos). Estos abusos los cometen tanto clérigos como laicos que se limitan a repetir lo aprendido. El resultado: personas con heridas psicológicas profundas, escurpulosidad patológica, abandono de la fe y, en muchos casos, ateísmo como reacción al horror vivido.

El catolicismo oficial se presenta como abierto al Espíritu Santo, pero bloquea cualquier novedad que cuestione su estructura de poder. Las **mujeres sacerdotes** se descartan sin permitir un debate serio, aunque existan argumentos históricos y teológicos para hablarlo. Los **sacerdotes casados** se tratan como una anomalía, cuando en los ritos orientales católicos —en plena comunión con Roma— es algo normal. Con la cuestión **LGTBI+** ocurre lo mismo: se repite la palabra “respeto”, pero en la práctica se mantiene la exclusión y se pide una castidad que no se exige a nadie más. **Y con los laicos, lo de siempre**: se les invita a participar, a dar su opinión pero quedan excluidos de la toma de decisiones, por lo que nada cambia. El resultado: **una iglesia más preocupada por las formas y por mantener el poder que por seguir a Jesucristo**.

En cuanto al **tema del dinero**, el sistema predica la pobreza evangélica, pero mantiene una inmensa fortuna, con un poder económico que no se parece en nada al de Jesucristo. Sostiene una estructura financiera opaca y una gestión patrimonial que **tampoco tiene que ver con la Iglesia que Jesús instituyó**.

También hay frutos buenos, por supuesto. Pero si los frutos podridos no se reconocen, no se confiesan públicamente, no se reparan las estructuras que los producen y no se pide perdón sin excusas, entonces la frase **«por sus frutos los conoceréis» se convierte en sentencia**. Y cada día más personas —dentro y fuera de la Iglesia— están haciendo su propio balance.

Lo bueno de creer en **el Dios de Jesús es que seguirá amándonos y cuidándonos aunque la Iglesia desaparezca**. Al final, los únicos que tienen algo —o mucho— que perder son precisamente quienes bloquean todo intento de reforma para mantener su estatus. Al resto, cansados y agotados ya de esforzarnos por ayudar y sostener lo que se está derrumbando, creo que nos está empezando a dar igual. Es más, tengo la impresión de que **es el propio Espíritu Santo quien sopla en esta dirección: una vez agotado todo intento por sanar lo que está enfermo, lo mejor es dejar que se derrumbe, para poder construir de nuevo sobre las ruinas**.

QUÉ DESIGUALDAD TAN INJUSTA, TAN GRANDE Y GRAVE REFLEJADA POR UN **CRUCERO DE LUJO**

FAUSTINO VILABRILLE



Llevamos unos cuantos días, que parece que en televisión, en la radio y en las redes sociales el barco del virus Hantavirus, llamado MV Hondius, tiene la exclusiva absoluta.

Es un crucero de alojamiento de lujo y expediciones de alta gama, para 170 pasajeros repartidos en 80 camarotes, seis de ellos suites con balcón privado; un casco reforzado para el hielo y tarifas de entre 14.000 y 42.000 euros por persona, especializado en viajes polares y exclusivos a zonas remotas como la Antártida, que sufrió un brote de hantavirus, que hasta ahora causó tres muertos y ocho contagios. En él viajaban 88 cruceristas y 59 tripulantes.

Para atender al total de 88 cruceristas de lujo y 59 tripulantes se han coordinado 23 países por medio de la UE y la OMS, un dispositivo sin precedentes para atender a un total de 147 personas y evitar la propagación del virus, incluidos varios aviones totalmente medicalizados, ambulancias, unidades hospitalarias especializadas en aislamiento de alto nivel para recibir a los españoles repatriados del Crucero, como el Hospital Central de la Defensa Gómez Hulla, el Carlos III de Madrid, el Clínic de Barcelona, el Virgen del Rocío de Sevilla, el de la Candelaria de Tenerife, o el de Donostia en San Sebastián.

Nos parece muy bien que se atenda a esas personas y se evite el contagio de un virus que puede causar mucho daño, pero eso nos lleva, incluso sin pensarlo más, a comparar el derroche sin límite de medios dedicados a esos 147 lujosos ciudadanos, mientras muchos miles y miles de personas, tanto a más dignas que ellos, y sin duda infinitamente más necesitadas, carecen de los medios más elementales para atender su salud o curarse de enfermedades curables, pero que sin poder curarse, mueren sin pena ni gloria. Esto es una clamorosa injusticia, una desigualdad insoportable, una afrenta cruel e inhumana contra los empobrecidos de

la tierra, como le pasó a Jesucristo, que siendo justo y que pasó haciendo el bien, curando toda enfermedad y toda dolencia del pueblo, soportó el peor y más cruel trato inhumano que se puede infligir a una persona.

Pensemos en los más de 26 millones de emigrantes africanos que han huido de sus respectivos países, acuciados por la extrema pobreza y la impotencia total de poder mejorar sus condiciones vida sin emigrar.

Pensemos, por ejemplo, en las 7904 personas que murieron o desaparecieron en 2025 en las rutas migratorias hacia Europa, siendo la del Mediterráneo la más mortífera (Fuente: OIM). El crucero viene precisamente hacia las Canarias, pues bien, la ruta canaria registró al menos 1200 muertes documentadas en 2025.

Pensemos también en que más de 7 millones de africanos aún carecen de los servicios sanitarios más esenciales, y en que el conjunto del Continente tiene menos de 2 médicos por cada 10.000 habitantes, mientras que la UE llega hasta los 41, y algunos países africanos tienen menos de una cama por cada 100.000 habitantes.

Pensemos en que, a fecha de 2026, 6,7 millones de niños africanos aun no han recibido ni una sola dosis de las vacunas rutinarias básicas, y 9,5 millones solo vacunación parcial, y a nivel mundial hay más de 15 millones de niños considerados “cero dosis”, por no haber recibido aun ni una sola vacuna (Fuente: OMS, UNICEF).

De hecho medio millón de niños menores de 5 años mueren cada año en África por falta de vacunas (Fuente: la UA). Tanta injusticia, tanta desigualdad, tanta diferencia de trato a favor de unos pocos frente a millones que carecen de todo, no es de recibo. El mundo no puede seguir así, tanto para tan pocos, y tan poco para tantos. Tenemos que cambiar este mundo. Así no hay un futuro mínimamente digno para la humanidad.

Tenemos infinita necesidad de que se acaben los ricos para que se acaben los empobrecidos. Tenemos infinita necesidad de que se acaben los pocos que lo tienen casi todo para que se acaben los muchos que no tienen casi nada. Tener fe en Jesucristo, es seguirlo para hacer en este mundo lo que Él hizo. Así seremos todos más felices. Ánimo, hermanos y hermanas, para luchar sin parar por un mundo mejor.



MAREANDO LA PERDIZ



La expresión española “**marear la perdiz**” describe con precisión aquellas situaciones en las que se divaga sobre un asunto sin avanzar hacia su resolución. Se emplea para señalar discursos evasivos o confusos que evitan abordar el núcleo de un problema, ya sea por falta de claridad o para posponer una decisión incómoda. A continuación, explicaremos por qué consideramos que esta metáfora define fielmente el estado actual del proceso sobre la Sinodalidad.

Conviene empezar aclarando que la convocatoria del Sínodo de la Sinodalidad rompió esquemas profundamente implantados. Tras siglos de organización eclesial interna, el Concilio Vaticano I (1869-1870) definió e institucionalizó el poder del papa como soberano absoluto. Se estableció una relación indisoluble entre **soberanía e infalibilidad**, así como una conexión directa entre el **poder magisterial y el de jurisdicción**. Dado que, según aquel Concilio, el poder absoluto reside únicamente en el pontífice, toda autoridad y verdad eclesial derivan de él. Esta exaltación llegó al extremo de identificar al papa con Cristo, difundiendo en seminarios y sermones la doctrina de que «cuando el papa enseña, es Cristo quien enseña».

En una Iglesia cimentada sobre tal verticalidad, la propia existencia de concilios y sínodos deviene en paradójica. Si la verdad última y la potestad suprema residen exclusivamente en el Pontífice, ¿qué sentido tiene consultar al episcopado o a la base fiel? La necesidad de convocar estas asambleas parece sugerir una fisura en el concepto de autosuficiencia papal, al mostrar a un Sumo Pontífice necesitado de discernimiento externo. Esta contradicción, latente desde el Vaticano II, ha alcanzado su paroxismo con Francisco. Si en los sínodos sobre la familia la consulta se amplió a los fieles, el actual proceso sobre la sinodalidad ha dado un paso inédito al abrirse incluso a la sociedad civil. Ante este giro histórico, surge la pregunta inevitable: ¿estamos ante una democratización real o ante una estrategia para gestionar el disenso sin ceder el control?

Es imperativo reconocer que la institución eclesial atraviesa una erosión progresiva de su relevancia; su capacidad de interpelación se ha debilitado ante una ciudadanía que ya no reconoce en su discurso una propuesta de sentido válida. Desde la quiebra que supusieron la Ilustración y la Revolución Francesa, la Iglesia ha tendido a un enrocamiento en la tradición que la hace llegar, con frecuencia, tarde al

discernimiento de los “signos de los tiempos”. Esta resistencia sistémica obstaculiza la asimilación de los giros culturales necesarios para establecer un diálogo simétrico con la modernidad. En este marco, no es casual que el Concilio Vaticano II cifrara su éxito en el *aggiornamento*: esa actualización orgánica indispensable para recuperar la sintonía con una historia que parece haberle tomado la delantera.

En el actual Sínodo, la sensación de distancia vuelve a mostrar el alejamiento entre la jerarquía de la Iglesia y la base de los fieles. Es significativo que el propio lema del proceso —«**marchar juntos**»— parezca señalar más una carencia que una realidad ya lograda. Algo parecido ocurre con el logotipo oficial, donde aparece un obispo con báculo avanzando entre el pueblo. Esta imagen, más que reflejar una comunión ya existente, sugiere que ese caminar conjunto no es un punto de partida, sino un objetivo aún por alcanzar. En conjunto, la iconografía no describe tanto una situación consolidada como una aspiración pendiente, y recuerda que, si no se producen cambios profundos, este “**marchar**” corre el riesgo de quedarse en un simple movimiento aparente, sin verdadera transformación.

Esto hace patente la contradicción que atraviesa todo el proceso sinodal. Si se trata de «**marchar juntos**», escuchar al Pueblo de Dios y discernir comunitariamente los caminos de la Iglesia, entonces la lógica interna del Sínodo exigiría una auténtica apertura a que esa escucha tenga consecuencias reales, incluso cuando estas cuestionen prácticas, estructuras o enseñanzas consolidadas. Pero por el modo en que está configurado el proceso se ve que la instancia decisoria última es la jerarquía, y que el papa conserva el derecho exclusivo de aceptar, matizar o descartar las propuestas surgidas de la consulta.

Nos encontramos, por tanto, ante una tensión difícil de resolver: por un lado, la necesidad de abrirse a una participación más amplia para recuperar credibilidad y relevancia; por otro, la voluntad de no ceder el control efectivo sobre las decisiones doctrinales y disciplinarias. Esta tensión no es sólo organizativa, sino también teológica y política. Afecta a la concepción misma de la autoridad en la Iglesia: ¿es el *sensus fidei* del conjunto de los fieles una fuente real de discernimiento vinculante, o queda reducido a un elemento consultivo cuya validez depende de su coincidencia con el criterio previo de la jerarquía?

La praxis institucional parece inclinarse hacia la preservación del *statu quo*. Los documentos preparatorios, las síntesis intermedias y los informes finales atraviesan múltiples tamices antes de alcanzar su forma definitiva. En este proceso, el lenguaje se modula, las propuestas se suavizan y las cuestiones más espinosas suelen diluirse en fórmulas de compromiso o ambigüedades calculadas. Este procedimiento garantiza una apariencia de apertura sin comprometer la arquitectura del poder: se escucha formalmente, pero se reserva a la cúpula la prerrogativa exclusiva de decidir qué fragmentos de esa realidad son “discernibles” y cuáles deben ser silenciados.

A esta dinámica se suma un factor estructural: la cultura institucional del clero. Forjada durante siglos bajo una lógica piramidal, esta mentalidad difícilmente puede transitar hacia un modelo participativo mediante decretos coyunturales. Desde la formación en los seminarios hasta la praxis del gobierno eclesial, se ha blindado una comprensión de la autoridad como potestad sagrada y unilateral, en lugar de como un

servicio compartido. Sin reformas estructurales que redistribuyan de manera efectiva la toma de decisiones, el Sínodo corre el riesgo de quedar reducido a un ejercicio de retórica participativa que deja intacta la raíz del problema.

El proceso sinodal se debate, por tanto, entre dos fuerzas antagónicas. Por una parte, la urgencia de atajar una crisis de legitimidad que demanda transparencia, democracia interna y corresponsabilidad real. Por otra, la inercia de un sistema que teme que una apertura auténtica derive en una pérdida de control, en la fragmentación institucional o en el cuestionamiento del principio de autoridad. Es precisamente esta ambivalencia la que alimenta la sensación de estar “**mareando la perdiz**”: se multiplican los foros de diálogo mientras se posterga indefinidamente la resolución de las cuestiones de fondo que afectan a la vida de los fieles.

En última instancia, la cuestión no es tanto si la Iglesia es capaz de escuchar, sino qué está dispuesta a hacer con lo que escucha. Mientras no haya una respuesta clara y vinculante a esta pregunta, la sinodalidad seguirá moviéndose entre la novedad en el discurso y la continuidad en las estructuras; entre los gestos de apertura y el mantenimiento del control. Sin una voluntad real de cambio, el camino iniciado — aunque interesante en su planteamiento — corre el riesgo de seguir dando la impresión de un proceso que avanza con una cautela excesiva, casi paralizante, hacia un horizonte que poco a poco se percibe más como una oportunidad desaprovechada que como una transformación efectiva.

Hay, además, otras contradicciones que agravan el cuadro. La propia jerarquía dista mucho de ser un bloque homogéneo: está atravesada por divisiones profundas acerca del rumbo que la Iglesia debe seguir. Basta observar los vaivenes en la aplicación de las disposiciones del Concilio Vaticano II, siempre condicionados por el talante y las prioridades de cada pontífice. Esa falta de consenso interno se ha hecho visible también en el actual proceso sinodal. No pocos obispos y párrocos, reacios a cualquier modificación que afecte a su estatus y prerrogativas, han obstaculizado de hecho la participación del laicado: en algunos casos, desactivando iniciativas; en otros, cumpliendo los requisitos de manera meramente formal, sin generar espacios reales de escucha ni fomentar una implicación significativa de los fieles.

A ello se añade una cuestión decisiva: quiénes son los llamados a participar, es decir, el propio pueblo creyente. La Iglesia lleva más de dos siglos viendo cómo una parte importante de la sociedad deja de identificarse con ella, cuando antes esa pertenencia era casi automática por tradición cultural. Quienes permanecen en su interior han sido, en buena medida, formados en una religiosidad poco crítica, acostumbrada a considerar como inmutable lo que “siempre se ha hecho así”. En este contexto, el Evangelio ofrece una imagen especialmente significativa en la figura de Nicodemo: un hombre bienintencionado, pero condicionado por su formación religiosa hasta el punto de no lograr ir más allá de ella. De ahí que Jesús le hable de la necesidad de “**nacer de nuevo**”, es decir, de una transformación interior profunda. A lo largo del tiempo, la institución ha generado en gran medida perfiles de este tipo, una especie de nicodemos, creyentes formados en la continuidad más que en la revisión crítica. No resulta extraño, por tanto, que la respuesta al proceso sinodal haya sido limitada: en muchas parroquias apenas se constituyeron grupos, y allí donde se formaron, la participación fue reducida.

Sin embargo, incluso dentro de ese marco restringido, emergieron propuestas que apuntan directamente a cuestiones sensibles para la estructura clerical: la ordenación de mujeres, la revisión del celibato obligatorio, la posibilidad de bendecir determinadas formas de convivencia hoy consideradas «irregulares». Son demandas significativas, pero también revelan un límite: en su mayoría no cuestionan la raíz del problema, esto es, la propia existencia y configuración del sacerdocio clerical tal como ha sido históricamente desarrollado, cuya fundamentación evangélica resulta, cuando menos, discutible. Se pide reformar aspectos del sistema, pero rara vez se pone en tela de juicio el sistema mismo.

Aquí radica el núcleo de la cuestión: el «**marchar juntos**» que promueve el Sínodo corre el riesgo de vaciarse de contenido si no se orienta hacia su razón de ser: el seguimiento de Jesús y la realización de su Misión. La disyuntiva no es de orden organizativo, sino misionero. Para una institución volcada en la administración de cultos, la preservación de normas y el fomento de una piedad orientada a la salvación individual, el modelo clerical vigente —pese a sus fallos— conserva una eficacia funcional. Sin embargo, el horizonte del Evangelio es distinto. Jesús no convoca a una comunidad para el sostenimiento de un sistema religioso autorreferencial, sino para prolongar su *praxis*: la irrupción del Reino de Dios y su justicia en el tejido de la historia.

Esta misión posee una naturaleza transformadora y, por tanto, conflictiva. El mensaje evangélico no busca la acomodación a las lógicas dominantes, sino su interpelación crítica desde una alternativa de vida. Esta tensión atraviesa la tradición bíblica: los profetas no fueron gestores del culto, sino voces en permanente colisión con la sacralización del poder en el Templo y las estructuras civiles que perpetuaban la injusticia. Jesús asume esta herencia profética y sitúa a sus seguidores en esa misma línea de vulnerabilidad y denuncia frente al *statu quo*.

El obstáculo contemporáneo es evidente: gran parte de la estructura eclesial ha optado por una coexistencia pacífica —cuando no por una alianza tácita— con los sistemas de poder vigentes. En este marco de “domesticación” institucional, la capacidad de asumir una misión profética queda seriamente comprometida. Por ello, los procesos sinodales, aunque introduzcan matices valiosos o mejoras periféricas, difícilmente lograrán una reforma sustancial si no replantean este vínculo primario. Sin este giro radical, el esfuerzo corre el riesgo de reducirse a una **burocracia de la escucha**: una proliferación de documentos y consultas que proyectan una imagen de dinamismo pero que dejan intacta la arquitectura del poder.

En última instancia, la contradicción inicial emerge con mayor nitidez: se nos invita a «**marchar juntos**», pero sin redefinir el destino ni las condiciones reales de participación y toma de decisiones. Mientras no se aborde la tríada crítica —**poder, estructura y misión**—, la sinodalidad corre el riesgo de convertirse en un movimiento circular. Un dinamismo aparente que, al evitar las reformas de fondo, termina siempre en el punto de partida. En términos llanos, se corre el peligro de que este proceso sea sólo una sofisticada manera de eludir la verdadera conversión, o como dice la expresión popular, de seguir «**mareando la perdiz**».

¿Qué sociedad estamos construyendo?

por Ana Bou

Riqueza y Aislamiento



Tod@s somos conscientes de que, con el paso del tiempo, en lugar de disminuir, se intensifica y aumenta notablemente la diferencia entre pobres y ricos. La clase media a la que pertenece gran parte de la población, va formando parte de un pasado porque el poder adquisitivo va disminuyendo a pasos agigantados.

El número de ricos se dispara, aumenta el deseo de aislarse formando su propio "gueto". Las empresas de alarmas hacen su agosto, guardias de seguridad, setos y plantas que no permitan ver el interior. Cada vez intentan vivir en una especie de "bunker", intentan desvincularse de los problemas sociales para que no les afecte porque lo que está pasando "no tiene que ver con ellos" y rodearse de toda la seguridad privada que les sea posible y todo esto, cada vez más arropado y consentido por los gobiernos. Se excluye a los marginados, se les persigue y ahoga hasta no poder más y se protege a la exuberancia. Vivimos en un mundo, hecho por nosotros, pero totalmente corrompido.

¿Por qué los gobiernos no son capaces de implantar medidas sociales efectivas, alejadas de toda corrupción? Los ciudadan@s estamos cansad@s de tanta palabra sin sentido y de tanto robo. Ningún partido político es capaz de representar a la mayoría de los ciudadanos, a pesar de tener la suerte de vivir en un país con una democracia que, a pesar de ser relativamente joven, ya va perdiendo poco a poco aquellos derechos que conquistaron nuestros antepasados.

No olvidemos que la verdadera seguridad sólo es posible si el sistema está respaldado por la justicia social y un bienestar donde quepan todas las clases sociales sin diferencias.





LA CRISIS

DE UNA CIVILIZACIÓN
EDIFICADA SOBRE ARENA

DEL MERCADO
A LA FRATERNIDAD

Durante décadas se presentó el capitalismo contemporáneo como la culminación natural del progreso humano. La propiedad privada de los grandes medios de producción y la organización de la vida económica en torno al mercado fueron asumidas no sólo como instrumentos útiles, sino como principios casi inevitables de la convivencia social. Bajo esa lógica, el crecimiento económico pasó a considerarse el criterio principal para medir el éxito de las sociedades, mientras que la competencia y la acumulación de riqueza fueron elevadas a motores fundamentales de la organización del mundo. Sin embargo, la situación internacional de los últimos años muestra con creciente claridad que este sistema no atraviesa una simple crisis pasajera, sino que se enfrenta a límites estructurales que revelan también sus profundas contradicciones morales.

Las noticias diarias suelen presentar las guerras, las sanciones económicas, las crisis financieras o las tensiones energéticas como fenómenos separados. Pero en realidad forman parte de un mismo proceso histórico. El orden mundial construido tras la Segunda Guerra Mundial y consolidado entre los años setenta y principios del siglo XXI dependía de una combinación muy concreta: energía fósil abundante y barata, expansión constante del comercio global y confianza en que el crecimiento económico podía prolongarse indefinidamente. Durante décadas, el sistema funcionó como si los recursos fueran ilimitados y como si el aumento continuo de la producción pudiera resolver por sí solo los problemas humanos.

Sin embargo, detrás de esa aparente prosperidad existía una lógica más profunda basada en la competencia permanente entre individuos, empresas y Estados. El capitalismo no organizó la economía alrededor de las necesidades humanas esenciales, sino alrededor de la rentabilidad. El beneficio privado se convirtió en criterio decisivo para orientar la producción, incluso cuando ello implicaba degradación ambiental, desigualdad social o dependencia extrema de recursos limitados. Esa dinámica no surgió únicamente de decisiones técnicas; expresa también una dimensión de la condición humana marcada por el egoísmo, el deseo de acumulación y la tendencia a situar el interés propio por encima del bien común.

La economía mundial depende todavía de manera decisiva del petróleo y del gas. Aproximadamente cuatro quintas partes de la energía consumida en el planeta proceden de combustibles fósiles. No se trata sólo del combustible de coches o aviones. Toda la agricultura industrial moderna depende del gas para producir fertilizantes; la industria química necesita derivados del petróleo para fabricar plásticos, medicamentos y numerosos productos esenciales; el transporte marítimo mundial, base de la globalización, funciona gracias al consumo masivo de hidrocarburos. Incluso los alimentos que llegan diariamente a los supermercados dependen de cadenas logísticas sostenidas por un enorme gasto energético.

Esto significa que cualquier alteración significativa del suministro energético no afecta únicamente a los precios, sino a la estabilidad completa del sistema económico. Cuando aumentan las tensiones en regiones estratégicas o se interrumpen rutas marítimas fundamentales, las consecuencias se extienden rápidamente por todo el planeta. El encarecimiento de la energía repercute en el coste de los alimentos, del transporte y de la producción industrial; posteriormente aparecen cierres de empresas, despidos y reducción del consumo. Las guerras contemporáneas

muestran precisamente hasta qué punto la lucha por el control de recursos, corredores comerciales y zonas estratégicas continúa siendo uno de los motores ocultos de muchos conflictos.

Las actuales confrontaciones armadas, ya sea en Europa oriental, Oriente Próximo, África o Asia, no pueden entenderse únicamente desde discursos ideológicos o patrióticos. Más allá de las razones históricas particulares de cada conflicto, todas ellas revelan una realidad inquietante: cuando el acceso a recursos, energía o influencia geopolítica se convierte en prioridad absoluta, la vida humana termina subordinada a intereses de poder. Las poblaciones civiles sufren destrucción, desplazamientos y empobrecimiento mientras las grandes potencias utilizan sanciones, bloqueos y alianzas estratégicas para defender posiciones económicas y militares. El drama de las guerras contemporáneas pone de manifiesto hasta qué punto la competencia por la hegemonía continúa prevaleciendo sobre la cooperación entre pueblos.

En paralelo, la globalización que durante décadas fue presentada como garantía de prosperidad y paz comienza a fragmentarse. El comercio internacional dependía de rutas seguras y de una confianza relativamente estable entre grandes potencias. Hoy, estrechos marítimos, puertos estratégicos y corredores energéticos se han transformado en espacios de tensión permanente. El mundo tiende a reorganizarse en bloques económicos y políticos cada vez más cerrados, donde la seguridad de recursos esenciales prevalece sobre la apertura global. La interdependencia, lejos de eliminar los conflictos, ha creado nuevas formas de vulnerabilidad mutua.

En medio de esta transformación, la inteligencia artificial aparece como nueva promesa de crecimiento económico. Gobiernos y grandes corporaciones presentan la automatización avanzada como una solución capaz de mantener la productividad y sostener el sistema. Sin embargo, esta expectativa contiene una contradicción importante. La inteligencia artificial depende de gigantescos centros de datos que consumen enormes cantidades de electricidad y requieren minerales críticos, redes energéticas estables y una infraestructura material compleja. La llamada economía digital no ha eliminado la dependencia de los recursos físicos; simplemente la ha desplazado hacia nuevas formas de consumo energético y concentración tecnológica.

Además, la automatización intensifica un problema ya presente en el capitalismo industrial: la subordinación del trabajo humano al beneficio. Si las empresas pueden producir más con menos trabajadores, aumentan su eficiencia económica, pero al mismo tiempo reducen la capacidad adquisitiva de amplios sectores sociales. El trabajador deja de ser considerado principalmente como persona y pasa a ser evaluado según su utilidad productiva. De este modo, el sistema genera una contradicción interna: produce abundancia potencial mientras amplía la precariedad y la exclusión. También el sistema financiero muestra señales de creciente desconexión respecto de la economía real. El valor bursátil de las grandes empresas tecnológicas se apoya muchas veces en expectativas futuras de crecimiento más que en capacidades materiales efectivas. Mientras tanto, las economías reales enfrentan límites energéticos, tensiones geopolíticas y agotamiento de recursos. Se expande así una sensación de riqueza que puede resultar extremadamente frágil cuando las condiciones materiales dejan de sostener las proyecciones financieras.

A ello se suma el debilitamiento progresivo del orden monetario internacional construido alrededor del dólar. Durante décadas, la necesidad global de utilizar dólares para el comercio energético consolidó la posición dominante de Estados Unidos. Hoy, la aparición de nuevos bloques económicos y el uso creciente de monedas alternativas indican una transformación lenta pero significativa de ese equilibrio. Al mismo tiempo, el endeudamiento masivo de las grandes economías refleja una paradoja profunda: un sistema basado en el crecimiento continuo necesita expandir constantemente el crédito y el consumo incluso cuando los límites materiales hacen cada vez más difícil sostener esa expansión.

Todo ello revela que la crisis actual no es únicamente económica o geopolítica. Es también una crisis moral. Durante mucho tiempo se asumió que la búsqueda individual del beneficio acabaría produciendo automáticamente bienestar colectivo. Sin embargo, la experiencia histórica muestra que una sociedad organizada exclusivamente alrededor de la competencia tiende a reproducir desigualdades, exclusiones y conflictos permanentes. El problema no reside solamente en determinadas decisiones políticas o empresariales, sino en una lógica estructural que convierte la acumulación en criterio superior de valor.

Por eso la situación presente obliga a plantear la necesidad de una superación progresiva del capitalismo entendido como sistema basado en la primacía de la propiedad privada y del mercado sobre las necesidades humanas fundamentales. No se trata simplemente de introducir correcciones parciales, sino de avanzar hacia formas de organización social donde la economía esté subordinada al bien común y no al beneficio de minorías privilegiadas. Esa transformación no puede reducirse a una cuestión técnica; exige una renovación ética profunda de las relaciones humanas.

En este punto, el Evangelio ofrece enseñanzas de extraordinaria actualidad. Jesús no presentó una doctrina económica en sentido moderno, pero sí cuestionó radicalmente las estructuras morales que convierten la riqueza y el poder en absolutos. La parábola de la casa construida sobre arena y la edificada sobre roca expresa con claridad la fragilidad de toda civilización asentada exclusivamente sobre el interés material. Una sociedad puede parecer sólida mientras mantiene crecimiento y estabilidad, pero si sus fundamentos descansan sobre la injusticia y la exclusión, termina debilitándose ante las crisis.

Las Bienaventuranzas invierten la lógica dominante del mundo: proclaman dichosos a los humildes, a los misericordiosos, a quienes trabajan por la paz y tienen hambre de justicia. Frente a una cultura basada en la competencia y el prestigio, el Evangelio sitúa en el centro la dignidad de quienes quedan marginados por el sistema. No es únicamente una enseñanza espiritual; contiene también una crítica social profunda a toda organización que considera normales la desigualdad extrema y la indiferencia hacia el sufrimiento ajeno.

La parábola del Buen Samaritano refuerza aún más esta perspectiva. En ella, quien actúa conforme a la voluntad de Dios no es el poderoso ni el respetado socialmente, sino aquel que es capaz de detenerse ante el herido y reconocerlo como prójimo. El relato cuestiona una sociedad que pasa de largo ante el sufrimiento porque está absorbida por sus intereses, sus normas o sus privilegios. En el mundo contemporáneo, donde millones de personas quedan excluidas mientras se acumulan enormes fortunas, esa parábola adquiere un significado especialmente incómodo.

Algo así ocurre en el episodio del joven rico. El Evangelio no lo presenta como un hombre malvado, sino como alguien incapaz de desprenderse de los privilegios que le proporcionaba su riqueza. Jesús señala así una verdad profundamente humana: la acumulación material puede convertirse en obstáculo para la fraternidad y para la justicia. Cuando la seguridad personal depende de conservar posiciones de ventaja sobre otros, resulta difícil construir relaciones verdaderamente solidarias.

Incluso la expulsión de los mercaderes del templo posee una dimensión significativa para el presente. Jesús denuncia allí la transformación de lo sagrado en objeto de negocio y el sometimiento de la vida espiritual a intereses económicos. Esa escena conserva actualidad en una época en que prácticamente todos los ámbitos de la existencia tienden a ser absorbidos por la lógica del mercado, desde la vivienda y la salud hasta la educación o el conocimiento.

La crisis contemporánea obliga así a recuperar una pregunta fundamental: qué significa realmente el progreso humano. Si el desarrollo tecnológico y económico no va acompañado de justicia social, cooperación y reconocimiento de la dignidad de todos, termina convirtiéndose en fuente de nuevas formas de dominación y fragilidad. La humanidad dispone hoy de capacidades técnicas extraordinarias, pero también enfrenta el riesgo de utilizar ese poder bajo una lógica moral empobrecida por el individualismo y la obsesión por la acumulación.

Por eso la cuestión decisiva no es solamente cómo reorganizar la energía, las finanzas o el comercio mundial. La pregunta más profunda es si las sociedades serán capaces de construir relaciones humanas menos dominadas por el egoísmo estructural que ha acompañado al capitalismo moderno. La superación progresiva de ese modelo no depende únicamente de reformas económicas, sino de una transformación cultural y moral que permita situar la cooperación, la solidaridad y la justicia por encima de la competencia permanente.

En última instancia, lo que está en juego es la forma misma de entender la dignidad humana. El mundo actual parece encontrarse en el tránsito entre un orden histórico que pierde estabilidad y otro todavía incierto. En medio de esa transición, el Evangelio continúa recordando que ninguna civilización puede sostenerse indefinidamente si convierte la acumulación en su fundamento principal y olvida que la vida humana sólo adquiere consistencia verdadera cuando se edifica sobre la justicia, la misericordia y el reconocimiento mutuo.